

le ha sido preciso ménos que á nosotros para nuestras obras mas sencillas; ¡le ha bastado *querer!*

Sin razon ninguna, por consiguiente, se presentaria á la Tierra como indigna de la atencion divina, por causa de la innumerable multitud de Mundos que navegan en el seno del espacio; la universal é idéntica presencia de Dios envuelve á la creacion como el Océano á una esponja, ella la penetra, la llena; es la misma por do quiera, y su carácter de infinidad le está inviolablemente adherido. La Providencia del pajarillo es infinita como la Providencia de la Via láctea, ni ménos cuidadosa, ni ménos sábia, ni ménos poderosa, *infinita*, en una palabra, en el único sentido inherente á este carácter.

Importaba insistir sobre este punto, á fin de alejar de ciertas almas la falsa idea que nuestros estudios mal interpretados hubieran podido dejar en ellas sobre este sublime atributo de la Persona divina.

Acabamos de ver cuales son las explicaciones que se han emitido para conciliar la doctrina de la Encarnacion de Dios sobre la Tierra, con la doctrina de la Pluralidad de Mundos. Este era el primer punto de esta nota. Pasemos ahora al segundo.

II

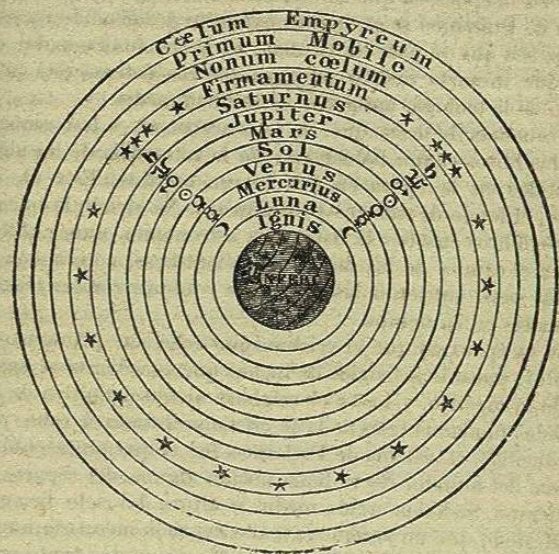
COSMOGONIA DE LOS LIBROS SANTOS.

Todos los teólogos reconocerán esta antigua y solemne figura, que les recordará el capítulo *De Ente loco-mobili* de la *Pars Physica* de sus tratados seculares, y que los volverá á llevar á la Edad media, su época gloriosa. En efecto, extraetamos esta figura de una célebre obra impresa en el año 1591, siglo de Copérnico; representa el sistema de Ptolomeo cristianizado como esos mapas mudos que se bautizan con nombres convencionales. En el centro del mundo reina la *Tierra*, residencia del hombre, teatro de sus pruebas, habitacion de su vida temporal. Debajo de la superficie terrestre están los lugares inferiores en donde las vistas perspicaces pueden entrever al antiguo Tártaro, conocido al presente bajo el nombre de Infierno. Mas allá de la Tierra, elevándose hacia el

Cielo, se encuentra primero la esfera de los elementos, en donde el fuego sucede al aire; despues las esferas de la Luna, de Mercurio, de Vénus, que sucesivamente visitó Dante el viernes santo del año 1300; luego el Sol, Marte, Júpiter y Saturno, sétimo y último planeta. Mas arriba se percibe el firmamento (*firmus*, sólido), en donde están sujetas las estrellas fijas ¹; despues el maravilloso noveno cielo; luego el primer móvil ó cristalino; en fin, el Empíreo, ó *residencia de los bienaventurados*.

Este sistema está explícitamente enseñado en las obras teológicas que como la *Summa* de Santo Tomás de Aquino,

¹ Los antiguos no conocían la imposibilidad mecánica para las estrellas de girar en 24 horas alrededor de la Tierra. En mecánica celeste, la Tierra, no solo es un punto insignificante enteramente incapaz de ser centro de semejantes movimientos; no solamente las estrellas, aisladas y distantes unas de otras en todas las profundidades del cielo, no hubieran podido ser arrastradas en una misma carrera; sino que la velocidad con que aun los mas cercanos entre estos grandes cuerpos hubieran debido ser arrebatados, excede á toda cantidad imaginable. Para que Sirio, por ejemplo, girase alrededor de la Tierra en 24 horas, le seria preciso recorrer tres mil millones de leguas *por segundo*.



trataron los diferentes asuntos en contacto con el dogma cristiano : está implícitamente reconocido por los Libros santos, que, sin ocuparse especialmente de cosmogonía ó de astronomía, sufrieron no obstante la influencia de las ideas admitidas en la época en que se escribieron. Sea, pues, que el sistema de Ptolomeo se encuentre expuesto y defendido en esas obras, sea que se pase en silencio, el hecho fundamental sobre que importa insistir aquí, es que ese sistema está en el fondo de la teología antigua y de la Edad média.

Acabamos de decir que, en lo concerniente á la cosmogonía, los libros santos habian *sufrido* la influencia de las ideas admitidas en la época en que fueron escritos. Este es, en efecto, el fondo de nuestro pensamiento. No siendo la mision de esos libros enseñar la física ó la astronomía, nunca entraron en el campo de las discusiones científicas, no era este su objeto, pero sufrieron las opiniones y admitieron las teorías enseñadas en su tiempo.

En la época en que el cristianismo echó sus primeros cimientos, durante los siglos de luchas que sucedieron al apostolado evangélico, y hasta el establecimiento definitivo de las verdades fundamentales de la fé cristiana llevado á cabo por los concilios, el sistema de Ptolomeo fué el que representó el sistema del mundo. No se tenia noción alguna del espacio ni del tiempo. Se habia creído medir la altura del cielo diciendo con Hesiodo que un yunque cayendo del cielo invertiria nueve dias y nueve noches para llegar á la Tierra, y otro tanto para llegar á los infiernos. Se encontraba muy extraño que un filósofo se atreviera á pretender que el Sol fuese mas grande que el Peloponeso. No se conocia mas que la Tierra, y de ella solo las regiones habitadas; el resto, desconocido, se perdía en la vaguedad y en la oscuridad de los ensueños. La Tierra no podia estar aislada en el espacio; ¿sobre qué cimientos hubiera descansado? No se podia habitar sino encima : lo de debajo de la Tierra, nadie lo habia visto, y si alguien hablaba de los antipodas, se encogian de hombros, admirándose de que un hombre fuese tan simple para creer que pudiesen vivir séres con la cabeza abajo y los piés para arriba. Las estrellas eran pequeñas chispas sujetas á la bóveda celeste; el Sol y la Luna eran dos antorchas para el servicio de la Tierra. La Tierra no era un planeta, un mundo : era *el Mundo*.

Si algun desmelenado cometa aparecia en el cielo, era el signo precursor de un grande acontecimiento. Un eclipse no era un hecho natural; era tambien un signo para el hombre. « Bajo el reinado de Hunerico, rey de los vándalos, dice Gregorio de Tours, el sol se oscureció hasta el punto que apenas se iluminó la tercera parte de su disco. *La causa de esto es, creo yo, por tantos crímenes y por la efusion de la sangre inocente.* » Esta frase de Gregorio de Tours puede aplicarse con variantes á la interpretacion de todos los fenómenos de la naturaleza que se apartaban de su marcha ordinaria : todo se refiere al hombre. Las ideas admitidas sobre el sistema del mundo dominaron tanto á los cristianos como á los bárbaros. Nadie hubiera podido entónces sustraerse á su influencia.

Por lo cual, no se necesita un exámen minucioso para asegurar que el sistema físico del mundo adoptado al principio de la era cristiana y durante las luchas de los concilios ha servido de armazon al edificio de la metafísica religiosa; la observacion de ese sistema y su comparacion con el conjunto del dogma cristiano, tanto en lo que concierne á la vida presente como en lo que toca á la vida futura, muestran claramente que la antigua opinion cosmogónica estaba sentada en el fondo de las inteligencias que asistieron á los concilios, sirviendo necesariamente de base y de punto de apoyo al edificio de las ideas.

Siendo esto así, establecióse de los primeros tiempos una correlacion entre la enseñanza doctrinaria y la física del mundo. No hay tanta distancia como se supone entre la física y la metafísica; en la esfera misma de lo ideal, el hombre no es enteramente independiente; los principios arraigados en el fondo de su alma sirven, sin que lo advierta, de fundamento á sus concepciones habituales, y despues á las que parecen serle mas extrañas. Por otro lado no pudiendo construirse ningún edificio en el vacío, el edificio mismo de la fé exigió una piedra fundamental, y ved aquí porque la fé cristiana está en plena armonía con el antiguo sistema del mundo.

De aquí el que haya fundamento para argüir á los defensores de esta fé sobre lo que piensan respecto á la solidez de su edificio, despues del terrible empuje que derribó su armazon hace tres siglos; hay fundamento para preguntarles sí, en virtud de la solidaridad que existe entre el sistema del

mundo físico y el sistema del mundo moral, no ha sentido su símbolo algunos de los golpes dados al primero de esos sistemas.

¿Puede la creencia cristiana, *sin admitir alguna nueva interpretación*, alguna modificación sistemática, conciliarse sin violencia con el nuevo sistema de los mundos? Tal fué, tal es la gran cuestión.

De dos maneras se ha contestado á ella. Por una parte con la negativa, declarando rotundamente que, comprendida á la letra tal como lo ha sido hasta aquí, la doctrina religiosa no se aviene con la enseñanza de la nueva ciencia astronómica. Esta contestación establece una excisión entre la ciencia y la Iglesia. La segunda ha sido en favor de la afirmativa; pero para llegar á una perfecta conciliación, ha consentido visiblemente en algunas modificaciones de gradación, en algunas nuevas interpretaciones; no se ha mantenido obstinadamente en el severo *Non possumus*; no ha conservado el *statu quo* de lo inmutable.

Estas son las fases de la cuestión. Desenvolvámoslas, á fin de ofrecer al lector los elementos necesarios para permitirle juzgar el hecho en cuestión y fijar sus opiniones.

Escuchemos primero la interpretación científico-dogmática de sir David Brewster, el sábio sócio de nuestro instituto. Su gran saber no le impide ser profundamente adicto al dogma, como ya se ha visto; quiere defender lo uno y lo otro. Los sábios ingleses, al contrario de los sábios franceses, estiman mas sus dogmas religiosos que nuestros doctores en derecho canónico.

« Cuando nuestros conocimientos sobre el espacio no se extendían mas allá del Océano, dice, solo podia colocarse la morada de los bienaventurados en el cielo empireo. La vida futura, envuelta en una sombra vaga, aparecía como un sueño á la razón de cristiano, aunque fuese una realidad para su fé; en vano hubiera de preguntarse cuál sería esa vida futura en sus relaciones materiales; en cuáles regiones del espacio hubiera de efectuarse; qué deberes y qué trabajos la ocuparían, y qué dones intelectuales y espirituales le cabrían en suerte. Pero cuando la ciencia le hubo enseñado la historia pasada de nuestra Tierra, su forma, su volumen, y sus movimientos; cuando la astronomía hubo observado el sistema solar, me-

didó los planetas, proclamado que la Tierra es una esfera mezquina, que no tiene ningun lugar distinguido entre sus gigantescas compañeras, y cuando el telescopio hubo establecido sistemas de Mundos mucho mas allá de los límites del nuestro, la vida futura del sábio tomó asiento entre esos Mundos, en un espacio sin límites así como en una duración sin fin. Sobre las alas del águila, la imaginación del cristiano se elevó hasta el zénit y siguió su vuelo hasta el horizonte del espacio sin alcanzar jamás un término que se alejaba incesantemente, y en la infinidad de los Mundos, en medio de una vida infinita, descubrió los campos de una vida futura.

« Las miras del cristiano, añade el autor, concuerdan con las verdades de la astronomía. Defendiendo la Pluralidad de Mundos, estamos afortunadamente en una posición mas ventajosa que el geólogo, cuyas investigaciones sobre la historia primitiva de la Tierra se encontraron en la apariencia, en oposición con la enseñanza de la Escritura. No hay una sola expresión, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, que sea incompatible con esta gran verdad: hay otros mundos, además del nuestro, que son el asiento de la vida y de la inteligencia. *Al contrario*, muchos pasajes de la Escritura son favorables á esta doctrina, y aun algunos serian, á nuestro parecer, inexplicables, si no fuese admitida como verdadera el texto magnífico ¹, por ejemplo, en el cual el Salmista inspirado manifiesta su sorpresa, porque el que formó los cielos y estableció la luna y las estrellas en el orden armonioso de los Mundos, atendiera á un sér tan insignificante como el hombre, es, en nuestra opinión, un argumento decisivo en favor de la Pluralidad de Mundos. El poeta hebreo, no hubiera podido manifestar semejante sorpresa si solo hubiese visto en las estrellas puntos brillantes sin importancia, á manera de esos fuegos fatuos que revolotean en los lugares pantanosos; no puede dudarse que la inspiración le revelará la magnitud, las distancias y el destino de las esferas brillantes que fijaron su atención. . . . Luego que le fueron conocidas estas verdades, la creación se dividió para él en dos partes, separadas por el contraste

1. Este pasaje es el que hemos citado en las consideraciones de M. Whewell, pag. 348, y que Chalmers ha tomado por texto en sus *Sermones*: « Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, exclamo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? (Salmo VIII, 3, 4.) »

mas evidente; por una parte, el hombre en su insignificancia relativa; por otra, los cielos, la luna y las estrellas en su grandeza absoluta. Aquel á quien Dios hizo algo ménos grande que los ángeles, aquel á quien coronó gloriosa y magníficamente y para cuya redencion envi6 á su Hijo único á sufrir y morir, no puede haber sido considerado por el Salmista como un sugeto insignificante; pues bien ante su alta estimacion por el hombre, es preciso que su idea sobre el valor de los astros haya sido superior á otra cualquiera. ¿Cómo hubiera podido ser tan grande esta idea sobre los astros si no hubiese conocido las verdades astronómicas? El hombre creado á imágen de Dios hubiera sido una criatura mas noble que las chispas centelleando en el espacio ó el luminar de la noche. Si pues se pregunta bajo que impresion ha escrito el Salmista, si miraba á los mundos como globos sin vida, ó si los consideraba como residencia de séres racionales é inmortales, la respuesta no será difícil: hay que optar por la última hipótesis. Y en efecto, si David hubiese considerado los Mundos como inhabitados, no se puede en manera alguna explicar la sorpresa que manifiesta por la atencion de Dios hácia el hombre, porque esta sorpresa no pudiera ser motivada por el hecho de que innumerables masas de materia existan en el universo y ejecuten allá léjos revoluciones solitarias; al contrario, su admiracion hubiera tenido por objeto, no la debilidad, sino la grandeza de aquel que, con absoluta exclusion, hubiera podido contemplar los cielos y para cuyo uso hubieran sido creados tantos cuerpos magníficos. Pero si por el contrario el poeta ha considerado á los Mundos siderales como otras tantas residencias de vida, como otros tantos globos cuya preparacion ha exigido millones de años, y que están hoy enriquecidos de nuevas formas de existencia, de nuevas manifestaciones del pensamiento, entonces podemos comprender por qué se admira del cuidado de Dios hácia una criatura relativamente tan insignificante como el hombre. »

Pasando luego á otras interpretaciones, sir David Brewster pesa el valor y el sentido de la palabra *Cielos*, tal como está empleada en la Biblia. « Esta palabra, dice, se presenta como independiente de la luna y de las estrellas, como indicando una creacion material, una obra de las manos de Dios y no un espacio vacío que se supusiera habitado por séres puramente

espirituales. Los autores del Testamento expresan por la palabra cielo una creacion material, separada de la Tierra; y se encuentran pasajes que parecen indicar claramente que esta creacion es la residencia de la vida. Cuando Isaias habla de los cielos *extendidos como una tienda para habitar*, cuando Job nos dice que Dios, *que extendió los cielos*, hizo á *Arturo, Orion, las Pleyadas y los aposentos del Mediodía*, cuando Amos habla *del que edificó sus pisos en los cielos (casa de varias viviendas)*, las expresiones que emplean, indican claramente que los cuerpos celestes son residencia de la vida. En el mismo libro del Génesis, se dice que Dios concluyó el cielo y la tierra, *y todos sus ejércitos*. Nehemias declara que Dios hizo el cielo, *el cielo de los cielos y todo su ejército*, la tierra y todas las cosas que contiene, y que el ejército de los cielos le adora. El Salmista habla de *todo el ejército de los cielos como creado por el soplo emanado de la boca de Dios*, lo mismo que para el nacimiento de Adam. Isaias nos ofrece un pasaje notable en el cual los habitantes de la tierra y de los cielos están descritos separadamente. « Yo soy el que ha hecho la tierra y el que ha creado al hombre para habitarla; mis manos han extendido los cielos, y yo soy quien ha dado todas las órdenes á la milicia de los astros. » Á estas alusiones pueden añadirse las siguientes tomadas tambien de Isaias: Para esto el Señor ha formado la Tierra y le ha dado el sér, y ha creado los cielos; *él no la ha creado en vano, sino que la ha formado á fin de que fuese habitada.* » ¿No es esta una declaracion formal del inspirado profeta, que la tierra hubiera sido creada en vano sino hubiese sido habitable y habitada? No se deberá deducir que, no pudiendo suponer que el Criador haya creado en vano los Mundos de nuestro sistema y los del universo sideral, se debe admitir que los ha creado para ser habitados?

El mismo espíritu de interpretacion encuentra en el Nuevo Testamento, pasajes que no solamente están en perfecta armonía con la doctrina de la Pluralidad de Mundos, si no que además no se podrian explicar sin ella. Cuando el apóstol San Juan anuncia que los *Mundos* fueron creados por la palabra de Dios, cuando San Pablo enseña que los *Mundos* son una creacion del Salvador, el heredero de todas las cosas, no es de suponer que se trate de globos de materia inerte, sin poblacion presente ó futura. La Escritura enseña que el Salvador

ha creado todas las cosas, y que Dios se ha propuesto recibir todo en Jesucristo, tanto lo que está en el cielo como lo que está sobre la tierra. Las creaciones indicadas por estas palabras: *todas las cosas*, son las creaciones del cielo, y las que están encima de los cielos, de las cuales hablan. San Pablo cuando dice: *Aquel que ha descendido es el mismo que ha subido por encima de todos los cielos, á fin de llenar todas las cosas*. En otra parte habla el apóstol del misterio oculto en Dios que ha creado todas las cosas por Jesucristo, misterio que él ha recibido la gracia de anunciar á fin de que los principados y las potestades que están en los cielos, conozcan por la Iglesia la sabiduría de Dios diversificada en sus efectos. Cuando el Señor habla del redil cuya puerta es él; de la oveja que le sigue y que conoce su voz, y por la que él dá su vida, añade: «Tengo además otras ovejas que no son de este aprisco; es preciso que también las oíe, escucharán mi voz, y no habrá mas que un rebaño y un Pastor.»

Puede notarse que el sistema de redención colectiva defendido por sir Brewster, se dibuja visiblemente en estos textos escogidos, y que la interpretación se matiza un poco de la opinión personal del autor; cosa que sucede á menudo entre los protestantes. Para que no se nos acuse de parcialidad, ó de una elección puramente científica, interroguemos ahora al elocuente orador que hace algunos años se ha hecho el intérprete de la ciencia religiosa, al que desde lo alto del púlpito de Nuestra Señora, se ha impuesto la difícil misión de hacer comparecer gloriosamente los dogmas antiguos ante el tribunal de la ciencia contemporánea, y hacerlos luminosos ante el sol siglo XIX. El R. P. Félix figura también en el número de los conciliadores.

En una conferencia sobre el Génesis y las ciencias modernas, el predicador, enunciando la objeción científica que se ha opuesto al dogma cristiano, hace hablar como sigue á los que presentan esta objeción.

«La narración de Moisés hace de la Tierra el centro de la creación: y el dogma católico también la considera como el teatro reservado para los grandes designios de Dios. En ella, Dios se ha encarnado, solamente este polvo terrestre fué tocado por los divinos pies y regado con la sangre reparadora. Y según la enseñanza católica, únicamente la Tierra sostiene á

la inteligencia y á la vida; solo en ella Dios ha dejado caer seres inteligentes y libres, capaces de hacer subir hasta él, el himno universal que canta la creación. Ahora bien, ¿sería racional circunscribir á este punto el teatro de la vida y las manifestaciones de la gloria de Dios? ¿No parecen los astros hechos expresamente para servir de sostenes á seres vivientes? ¿No es también mas digno de la idea que debemos tener del Criador, pensar que por todas partes existen seres capaces de conocerlo y de publicar su gloria, que despojar al universo de todos los seres inteligentes, reduciéndolo á una profunda soledad, en donde no se hallasen mas que los desiertos del espacio y las espantosas masas de una materia inanimada? Por otra parte, ¿por qué este planeta que, ante la inmensidad de los cielos, es como una gota de agua en el Océano, y como un átomo en medio de los soles, por qué este pequeño planeta hubiera de ser el único en la creación, honrado con la presencia de la vida? ¿Y cómo admitir que Dios haya confinado en este imperceptible rincón del universo á los únicos testigos inteligentes de su sabiduría y de su poder? No, no; téngalo por dicho el cristianismo: la ciencia moderna no admitirá ya esta hipótesis de la teoría cristiana. No renunciará ya á sus conquistas. Al cristianismo corresponde very decidir si quiere romper con la ciencia, ó marchar con ella en las nuevas sendas que cada día se abre al través de los cielos.

« Á primera vista parece que esta objeción habria de desconcertarnos. Nada de eso; sin embargo, y yo pudiera con una sola palabra satisfacer á todos los sábios que hicieran de esta objeción de la ciencia moderna una razón perentoria contra el cristianismo. Pudiera decirles: ¿Queréis absolutamente descubrir habitantes en la luna; queréis encontrar en las estrellas y en los soles, hermanos en inteligencia y en libertad; y como dicen ciertos genios que aspiran á la visión intuitiva de todos los mundos, queréis saludar desde lejos al través de los espacios, sociedades y civilizaciones astronómicas? Sea, si no tenéis otras razones para romper con nosotros, nada se opone á que os tendamos la mano y á que nos tendáis la vuestra. Poned en los mundos siderales tantas sociedades como queráis, bajo la forma y en el grado de temperatura material y moral que os plazca imaginar; el dogma católico es en esto de una tolerancia tal, que os vá á sorprender; sola-